

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
ESCUELA DE FILOSOFIA
DOCTORADO EN FILOSOFIA



**EL SIGNIFICADO ACTUAL DEL CONCEPTO DE DOMINACIÓN
EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA**

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

DIRECTORA: DRA. CRISTINA REIGADAS
DOCTORANDO: MAGISTER PROFESOR RICARDO ETCHEGARAY

ÍNDICE

EL SIGNIFICADO ACTUAL DEL CONCEPTO DE DOMINACIÓN EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA

INTRODUCCIÓN2

CAPÍTULO 1: LOS DESLIZAMIENTOS EN EL SIGNIFICADO DEL CONCEPTO DE DOMINACIÓN EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA MODERNA

1. Los primeros planteos	12
2. La evolución del significado del concepto de dominación.....	14
3. De las aporías de la dominación total a la reformulación del problema.....	19
4. La reformulación del problema de la dominación en la teoría del poder	30
5. Conclusión	35

CAPÍTULO 2: LA POLÍTICA Y LA DOMINACIÓN EN JACQUES RANCIÈRE

1. El objeto de la política	39
2. El <i>desacuerdo</i> y el nacimiento de la política	43
3. El “fundamento” de la política: contingencia y universalidad	48
4. El acto que instaura la política y su lógica	50
5. El sujeto de la política	54
6. La filosofía política como negación de la Política	56
7. Conclusión	63

CAPÍTULO 3: EL MARCO TEÓRICO POSTESTRUCTURAL Y EL PROBLEMA DE LA DOMINACIÓN

Introducción	70
1. El <i>discurso</i> como horizonte ontológico	72
2. Capitalismo y dislocación	80
3. Discurso y antagonismo	83
4. Discurso y sujeto	87
<i>Excursus 1: Estructura y paradigma</i>	92
5. Discurso, articulación y hegemonía	99
6. La hegemonía, los significantes vacíos y las formas de construcción de lo social.....	102
<i>Excursus 2: El problema del fundamento y la diferencia ontológica</i>	112
7. Conclusión	116

CAPÍTULO 4: DOMINACIÓN Y DEMOCRACIA RADICAL

1. Las características de las relaciones sociales	119
1. a. Contingencia	119
1. b. Relaciones de poder	123
1. c. La primacía de lo político	124
1. d. Historicidad radical	126
<i>Excursus: Las condiciones de posibilidad de una ética de la finitud</i>	127
<i>La justicia en la polis como modelo de una ética sistémica</i>	

<i>La revolución democrática como modelo de una ética de la finitud o de la historicidad</i>	
2. Más allá de los avances de Foucault y Deleuze	131
3. La dominación y la revolución democrática	132
4. Conclusiones	141

CAPITULO 5: RESULTADOS, AVANCES Y CRÍTICAS

1. La génesis de la cultura democrática, los momentos de su constitución y sus dos lógicas	144
2. Dominación y emancipación	147
3. Las perspectivas críticas y los problemas no resueltos	154
4. Conclusiones	174

CAPÍTULO 6: CONCLUSIONES INCONCLUSAS NUEVAS PERSPECTIVAS SOBRE LA DOMINACIÓN

1. Resultados obtenidos por la investigación y consecuencias para la teoría de la dominación	178
2. Evaluación de los resultados	188

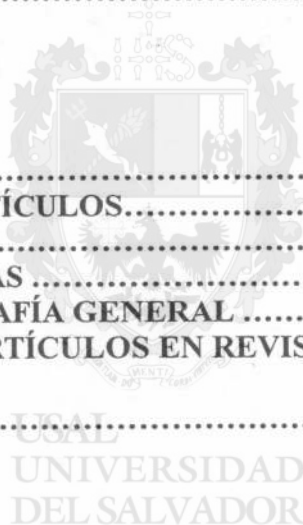
BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES

a.

LIBROS.....	193
b. CAPÍTULOS DE LIBROS Y ARTÍCULOS.....	193
c. ENTREVISTAS.....	195
2. FUENTES COMPLEMENTARIAS	195
3. OBRAS CITADAS Y BIBLIOGRAFÍA GENERAL	197
4. BIBLIOGRAFÍA GENERAL: ARTÍCULOS EN REVISTAS	202

ÍNDICE	206
--------------	-----



INTRODUCCIÓN

El concepto de dominación es uno de los conceptos más importantes de la teoría política y de la filosofía social y política desde su constitución con Maquiavelo, Moro y Hobbes. A tal punto esto es así que en muchos casos la dominación es entendida como un sinónimo de la política. Estos antecedentes, por sí solos, ponen en evidencia la amplitud, la complejidad y la relevancia del tema que nos proponemos investigar: el significado actual del concepto de dominación para la filosofía social y política.

Toda disciplina filosófica o científica debe definir los conceptos que utiliza con el objeto de evitar los equívocos que impiden la comprensión y alientan la confusión y el desorden. Los conceptos se definen respondiendo a una pregunta sencilla, inventada y desarrollada por los antiguos griegos al mismo tiempo que la filosofía. Tal pregunta es: “¿qué es esto?” Así, los filósofos de los comienzos se preguntaban ¿qué es la justicia? o ¿qué es la verdad? o ¿qué es el bien? La pregunta inicial, que atraviesa esta investigación es, entonces, ¿qué se entiende por *dominación*?

El concepto de dominación remite al problema de la dominación. Deleuze tiene razón cuando señala que los conceptos filosóficos remiten a problemas, que son los que les dan sentido¹. Pero, ¿en qué consiste el problema de la dominación? Más aún: ¿en qué condiciones la dominación deviene un problema? ¿Qué cambios producidos en los comienzos de la época moderna han dado lugar al surgimiento de la dominación como problema? Además, ¿es éste un problema *propio* de la filosofía política? Y, en caso afirmativo, ¿es un problema relevante?

Como ha señalado K. Popper, entre otros, los problemas se plantean dentro de un marco teórico, que establece las condiciones que hacen posible el planteamiento y desarrollan los instrumentos para su resolución. El problema de la dominación se ha planteado en diversas oportunidades y desde distintos marcos teóricos y filosóficos en los últimos cinco siglos. En esta investigación, se parte del marco, o mejor, de la tradición del marxismo occidental en la que se ha planteado el problema de la dominación de modo consistente y se ha definido el concepto en una acepción generalizada en los estudios sociales y políticos.

Hace cuatro décadas, cuando el paradigma marxista estaba ampliamente difundido y era aceptado en una gran parte de las investigaciones en ciencias sociales y en filosofía política, los conceptos de “dominio” y de “dominación” tenían una importancia central en las discusiones y en las investigaciones en las filosofías y en las ciencias sociales. Sin embargo, la caída del muro de Berlín, el fin de la guerra fría, la globalización del mercado capitalista, el liderazgo internacional de los Estados Unidos, la progresiva reducción cuantitativa y cualitativa de la “clase obrera” y la fragmentación de las luchas sociales, entre otros acontecimientos de las décadas recientes, hacen manifiestas ciertas “anomalías” que no encuentran una explicación satisfactoria desde dicho paradigma. A ello se agregó la proliferación de las críticas de los filósofos “postmodernos” a la concepción de la razón creada por el iluminismo, la sentencia de muerte de las utopías y el vaticinio del final de las ideologías, desencadenando una crisis del paradigma marxista², en cuyo marco se

¹ Cf. Deleuze, G.-Guattari, F., *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, Editorial Anagrama, 1993, p. 22.

² Chantal Mouffe hace mención a esa crisis: “Muchos pensadores políticos habían creído que con las crisis del marxismo y el abandono del paradigma de la lucha de clases podrían prescindir del antagonismo” (Mouffe, Ch., *El retorno de lo político*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 11). También T. Eagleton: “Sería una deshonestidad intelectual –escribe– pretender que el marxismo sigue siendo una realidad política viviente, o que las perspectivas de cambio socialista, por el momento al menos, [no] son algo extremadamente remoto” (Eagleton, T., *Las ilusiones del posmodernismo*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 14).

planteó el problema de la dominación y desde el cual se forjó su última y más elaborada delimitación. Desde entonces, el término “dominación” ha sido utilizado para señalar *distintas* relaciones, como son la dominación colonial, la dominación imperialista, la dominación comunista, la dominación capitalista, la dominación de los países desarrollados, la dominación cultural, la dominación de clase, etc., en las que se mezclan los paradigmas teóricos y las diversas disciplinas científicas. La proliferación de los significados y la crisis del paradigma hicieron que el concepto fuera adquiriendo una equivocidad creciente³. Estos hechos explicarían un progresivo desuso⁴ del concepto y las pocas o inexistentes referencias a él en las discusiones entre las principales corrientes de la filosofía política reciente^{5 6}.

Actualmente, en la mayor parte de las ponencias e investigaciones⁷ en las que se sigue utilizando el término se hace referencia a ciertas relaciones consideradas injustas, ilegítimas y regresivas, tales como la violencia sexual o de género⁸, el abuso contra las minorías raciales o religiosas o las relaciones asimétricas entre los Estados (regiones o bloques)⁹. En estas acepciones, sin embargo, el concepto ha perdido gran parte de su

³ La divulgación del paradigma marxista a través de las diversas publicaciones que circulaban entonces, comenzó a extender el uso del concepto en los más diversos campos y trajo aparejada una consecuencia negativa: en algunos casos llegó a ser tan compresivo que resultó inutilizable. Algo análogo ocurrió, como señala Rorty, con el concepto de “poder” en Foucault, (cf. Rorty, R., Identidad, moral y autonomía privada, en Michel Foucault, *Filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990, pp. 323-331) y con el concepto de sistema en las concepciones postmodernas (cf. Eagleton, T., 1997, pp. 23-24).

⁴ Terry Eagleton ensaya otra explicación plausible de la desaparición del concepto de dominación (al que en este texto identifica con el concepto de totalidad): “Las totalidades, después de todo, tienen que existir para alguien: y no parece haber nadie para quien la totalidad sea una totalidad. Generalmente se piensa que ha existido para grupos que necesitaban con urgencia dar un sentido general a sus condiciones opresivas de vida [a la dominación padecida] para poder preparar la forma de cambiarlas. [...] El punto, de todas maneras, es que el concepto de totalidad implica un sujeto para quien vaya a marcar alguna diferencia práctica, pero una vez que ese sujeto ha sido obligado a retroceder, incorporado, dispersado o metamorfoseado hasta dejar de existir, entonces el concepto de totalidad está pronto a caer con él. (...) El descrédito teórico de la idea de totalidad, entonces, es esperable en una época de derrota política de la izquierda” (Eagleton, T., 1997, p. 27 y 29). En otras palabras, la desaparición del concepto de dominación es el correlato de la desaparición del “sujeto revolucionario”, del agente histórico que estaría en condiciones de transformar las relaciones de dominación social.

⁵ Por ejemplo en el debate (1) entre comunitaristas y liberales norteamericanos, (2) entre la Teoría Crítica (Habermas) y la Hermenéutica (Gadamer), (3) entre Foucault, Rorty y Taylor o (4) entre Laclau, Rancière, Butler y Žižek. Cf. (1) AA. VV., La Teoría política, hoy, *Revista Agora. Cuaderno de Estudios Políticos*, Buenos Aires, Año 2, Número 4, verano de 1996; AA. VV., Liberalismo, comunitarismo y democracia, *Revista La Política*, Buenos Aires, Número 1, Paidós, primer semestre de 1996. (2) Gadamer, H. G., *Verdad y Método I Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1996; Habermas, J., *La Lógica de las Ciencias Sociales*, Madrid, Tecnos, 1996 y Habermas, J., *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1982. (3) Couzens Hoy, D. (comp.): *Foucault*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988. (4) Butler, J.-Laclau, E.-Žižek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, F. C. E., 2000.

⁶ A ello se agrega, sobre todo a partir de los trabajos de M. Foucault, el uso creciente del concepto de “poder”, con un significado que muchas veces se confunde con el de “dominación” (Cf. Taylor, Ch., Foucault sobre la libertad y la verdad, en Couzens Hoy, D. (comp.): *Foucault*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, p. 105), mientras, por otro lado, el término “dominio” se sigue utilizando en un significado restringido para referirse a ciertas relaciones de mando y obediencia.

⁷ Esta observación es conjetural, aunque se basa en la lectura de los títulos y de los resúmenes de las ponencias de los congresos del área de la filosofía y de las ciencias sociales en nuestro país, de los índices de los artículos publicados en revistas especializadas y en una búsqueda temática de los trabajos accesibles en Internet.

⁸ La mayor parte de las notas publicadas en la Web se refieren a la “dominación sexual” y a las prácticas sado-masoquistas.

⁹ Los usos del término en los medios de comunicación y en el lenguaje cotidiano retienen los significados previos al determinado por el paradigma marxista, haciendo manifiesta su incapacidad para replantear el problema en su complejidad.

comprensión y alcance teórico, suscitando equívocos y limitando su valor operativo.

Desde un plano teórico y filosófico, cabe preguntarse si el problema de la dominación trasciende el marco del paradigma marxista en el que alcanzó su mayor determinación o si se trata de una cuestión subordinada a los presupuestos de este modelo e incapaz de sobrevivirle. Para poder responder a estas preguntas se requieren dos investigaciones complementarias:

1) Por un lado, se precisa un *estudio retrospectivo y crítico*, que pueda dar cuenta del surgimiento del problema, de las determinaciones iniciales del concepto, de los deslizamientos en su significado, de las reconceptualizaciones a las que estuvo sujeto, de su utilidad y de sus límites para la filosofía política. Dicha investigación, además, debe dar cuenta de las condiciones y circunstancias que dieron lugar a la pérdida de capacidad explicativa y al aparente desuso en los debates recientes.

2) Por otro lado, es necesaria una investigación que delimite el *significado actual* del concepto de dominación en la filosofía política (post)marxista¹⁰, dentro de un marco teórico que al mismo tiempo reconozca la procedencia del concepto de la tradición en que se fue definiendo, advierta las deficiencias y las aporías contenidas en dicha tradición y esté dispuesto a integrar los aportes provenientes de tradiciones de investigación ajenas al marxismo “tradicional”, como los producidos por la lingüística de Saussure, el estructuralismo en sus diversas vertientes, el psicoanálisis, los estudios culturales o el deconstruccionismo.

La primera de estas investigaciones fue realizada en el marco de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza en los años 1998-1999 y sus resultados fueron publicados por Ediciones Al Margen con el título *Dominación y política* en el año 2000. Aquella investigación buscaba delimitar los significados del concepto de dominación con vistas a superar la dificultad *operativa* derivada de la equivocidad del término en los debates de la filosofía y la teoría políticas¹¹. De ella resultó una delimitación

¹⁰ Recurrimos a esta notación en uso para hacer referencia a los autores que por un lado se sienten herederos de la tradición marxista pero que por otro lado perciben que ya no están delimitados por algunos de los supuestos filosóficos y científicos que caracterizaron a las teorías de la segunda parte del siglo XIX y las primeras siete décadas del siglo XX. Cf. Laclau, E.-Mouffe, Ch., *Postmarxismo sin pedido de disculpas*, en Laclau, E., *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.

¹¹ De sus resultados se desprende que el significado del concepto de dominación sufrió *tres deslizamientos* decisivos desde los comienzos de la modernidad europea hasta nuestros días: el primero, al constituirse la ciencia moderna, cuando el concepto comenzó a dejar de hacer referencia a las relaciones “naturales” y se determinó alrededor del ámbito jurídico-político. El segundo se desencadenó con la difusión del pensamiento de Marx, deslizándose desde lo jurídico-político hacia lo económico-social. El tercero comenzó a producirse hacia fines de la Segunda Guerra Mundial desplazándose desde lo económico-social hacia lo cultural-comunicacional. Este último movimiento no se ha completado aún. A ello se debe que la teoría encuentre muchos problemas sin una resolución satisfactoria. El deslizamiento del problema de la dominación al ámbito cultural conduce a una nueva hermenéutica de las relaciones humanas, entendiendo que la acción humana es esencialmente significativa y, por ello, constitutiva de las sociedades.

El estudio de los *deslizamientos del significado* del dominio en aquella investigación se ha desarrollado en tres momentos: el primero se retrotrae al surgimiento del problema de la dominación y las respuestas que a él dieron los “padres fundadores” de la filosofía política moderna: N. Maquiavelo, T. Moro y T. Hobbes. Estos autores sentaron las bases del problema y dieron una primera delimitación al significado del concepto que no fue, ni mucho menos, la definitiva. En la segunda parte, se siguen *los deslizamientos en el significado del concepto de dominación* desde los “fundadores” hasta mediados del siglo XX. Los modelos teóricos iniciales se vieron enriquecidos con los aportes de los principales filósofos políticos modernos desde Locke hasta Hegel, sobre la base asentada por los fundadores. Sin embargo, la conceptualización sufrió un deslizamiento decisivo con el desarrollo y la difusión de la filosofía de Marx. Esta reconceptualización dio

precisa del concepto como *explotación humana en el trabajo*.

Los resultados de aquella investigación pusieron de relieve el marco que hace posible el planteamiento del problema actual con sus núcleos temáticos: los autores de la tradición marxista creyeron que podían explicar la dominación y que se daban en la realidad sociopolítica las condiciones para su superación práctica. Los investigadores de la Escuela de Frankfurt, por ejemplo, todavía confiaban en el marco que les suministraba la Teoría Crítica, pero en sus ensayos llegó a hacerse manifiesto que la ciencia social había llegado a un momento de *crisis*¹². La *anomalía* principal que evidenciaba la crisis de este modelo era el hecho de que *la revolución no se había producido* en el occidente europeo de acuerdo con las previsiones teóricas de los fundadores o de sus continuadores. A ella se sumaron las anomalías derivadas del supuesto de una *naturaleza humana* caracterizada por ciertas necesidades “naturales” o históricas. Los estudios sobre la explotación y la *alienación* requieren distinguir teóricamente entre las necesidades naturales y las necesidades impuestas; pero cuando en las sociedades industriales avanzadas, como dice Marcuse, la gente se reconoce en sus mercancías, en lo que se le impone, la alienación se extiende a la totalidad del sistema y termina por ser constitutiva de la misma “naturaleza humana”. Como consecuencia, el concepto de “naturaleza humana” debió ser revisado. Tales anomalías condujeron a una crítica del *esencialismo* filosófico y de la metafísica que lo sostiene, dando lugar a una nueva comprensión del ser como radicalmente histórico (Heidegger, Sartre, Gadamer).

A las anomalías mencionadas en el párrafo anterior se le suman (al interior del marxismo) otras derivadas del problema de la relación entre la *base* y la *superestructura* de la sociedad: las relaciones ideológicas y superestructurales, que —según esta tradición— deberían explicarse como un reflejo o como un reflejo invertido de la estructura productiva material, manifiestan cierta “autonomía relativa” respecto de dicha estructura y, por otro lado, se hizo evidente que la ideología se encuentra en el propio proceso de producción. Cuando la ideología o la alienación se extiende a todo el sistema, la crítica como tal se torna imposible. Pero, al mismo tiempo, el lenguaje comenzó a ser estudiado de un modo diferente, sobre todo a partir de la constitución de la lingüística de Saussure, de la semiología de Peirce y de la sociología de Weber. El lenguaje cumple, para estos autores, un papel constitutivo en la estructuración de las relaciones sociales, las que comienzan a ser concebidas como “acción simbólica”.

Paralelamente, dentro de la misma tradición marxista, surgen otras anomalías derivadas del concepto de *sujeto revolucionario*. Desde los textos canónicos del socialismo (y del mismo Marx) la clase obrera tenía, por su lugar en la estructura productiva, la misión y el “destino” de convertirse en el sujeto de la transformación. Sin embargo, los hechos muestran, en las primeras décadas del siglo XX, que los obreros adhieren al fascismo y al nazismo, se integran al sistema que los explota y actúan de modo

lugar a una progresiva aceptación y expansión del marxismo como marco teórico para las ciencias sociales, pero parece haber conducido a un resultado inesperado y paradójico, cual es la pérdida de la capacidad explicativa del concepto y de la teoría en la que se enmarca. Este proceso puede rastrearse desde la obra de Marx, a través de los desarrollos de M. Weber, G. Lukács, y la Escuela de Frankfurt. En esa segunda parte se avanza significativamente en la *comprensión de los deslizamientos* producidos desde el ámbito jurídico-político hacia el económico-social y desde este último hacia el ámbito de la ideología, de la cultura y del lenguaje. Resulta difícil evaluar los alcances de este hallazgo. Por lo pronto, el sentido del deslizamiento en el significado del concepto permite conjeturar movimientos análogos en el ámbito epistemológico, en el ideológico o en la cultura. La tercera y última parte de aquella investigación presenta las aporías y las paradojas que surgen en la Escuela de Frankfurt y su recepción en la filosofía reciente de L. Althusser, M. Foucault y G. Deleuze, las que dan lugar al cuestionamiento y abandono progresivo del concepto en las construcciones teóricas de las últimas décadas.

¹² Los conceptos de “crisis”, “anomalía”, “paradigma” y “revolución científica” son utilizados en el sentido definido por T. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, México, F. C. E., 1971.

“objetivamente” contrario a sus propios intereses materiales. Estos hechos anómalos demandan una deconstrucción de la categoría de *sujeto*. Aunque dicha deconstrucción fuera iniciada por autores como Nietzsche y Freud, su exterioridad y lejanía del paradigma socialista determinó que sus avances permanecieran ignorados por décadas en la resolución de los problemas planteados *desde este modelo*.

En resumen: *el modelo marxista de ciencia social se muestra en crisis*, afectando algunas de sus premisas centrales en cuyo marco se desarrolló la más elaborada conceptualización de la teoría de la dominación. Dicha crisis se deriva del incumplimiento de las previsiones sobre el colapso del capitalismo y la revolución del sistema. Los ensayos de respuesta a las anomalías condujeron a una agudización de la crisis y al progresivo abandono de algunos de los supuestos fundamentales del modelo en las obras de Foucault y Deleuze. La teoría del poder, construida por estos autores, desecha conceptos centrales de la teoría de la dominación como los de sujeto, alienación, ideología o determinación económica, poniendo en cuestión al modelo en su conjunto. El cuestionamiento de la teoría de la dominación arrastra consigo las propuestas de liberación o emancipación, que se derivaban de dicho paradigma. En este punto preciso se inserta este proyecto.

La tesis central de esta investigación sostiene que la comprensión del problema de la dominación y la posibilidad de dar respuestas a él, depende de la construcción de un marco teórico que supere los presupuestos del marxismo tradicional que conducen a las anomalías señaladas en los apartados anteriores, pero que al mismo tiempo delimite conceptos que permitan comprender la política no sólo como técnicas de poder y de control sino como una praxis liberadora; no sólo como una estructura que produce “sujetos-sujetados” sino como una acción de subjetivación; no sólo como una red disciplinaria y de control sino como creación de nuevos sujetos y como construcción de hegemonía¹³.

Según esta tesis la concepción desarrollada en la obra principal¹⁴ de J. Rancière podría dar las bases para la comprensión del problema de la dominación desde un marco postmarxista en el que se fundamenta el principio de la primacía de la política. Sin embargo, los ensayos propuestos por este autor, si bien sumamente creativos, ricos y sugerentes, no dan una respuesta satisfactoria a la delimitación del significado del concepto de dominación en la filosofía política actual ni explican suficientemente la relación entre la dominación y la política, la lógica inherente a cada una de ellas y las condiciones que hacen posible la emergencia de nuevos sujetos políticos. Por estos motivos, el marco teórico de Rancière será complementado con las categorías desarrolladas por E. Laclau y Ch. Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*¹⁵, lo que nos pondrá en condiciones de construir las herramientas conceptuales que permitan dar respuesta a las preguntas planteadas. Estos autores aportarán las bases conceptuales para responder a dichas preguntas porque, por un lado, reconocen la procedencia de sus aportes teóricos en la tradición marxista (en sentido amplio) para la cual el concepto de dominación tiene una relevancia central; por otro lado, advierten las deficiencias y las aporías contenidas en dicha tradición y están dispuestos a integrar los aportes provenientes de tradiciones de investigación ajenas al marxismo “tradicional”.

¹³ Los desarrollos teóricos de la tradición marxista, los problemas y las aporías a los que se ve conducido el pensamiento de Marcuse dentro de esta tradición y la reformulación del problema en algunas investigaciones de Foucault y Deleuze, serán presentados en el capítulo 1.

¹⁴ Rancière, J., *El desacuerdo. Política y Filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

¹⁵ Esta obra se tomará como fuente principal para esta investigación, ya que en ella se define el concepto de dominación que es el objeto de este trabajo. Se recurrirá a otras obras de los autores en busca de un mayor desarrollo teórico y conceptual pero sin perder de vista que nuestro interés se focaliza en aquel trabajo temprano.

R. Rorty¹⁶ ha señalado que no se puede argumentar razonablemente contra un marco teórico (*léxico*) que se ha vuelto obsoleto, pero que se puede tratar de convencer a sus cultores acerca de la riqueza y de las posibilidades abiertas por un nuevo marco. Advierte que la utilidad y pertinencia de los conceptos creados por un marco teórico nuevo sólo se justifican “retrospectivamente”. Así también esta investigación no pretende reconstruir las bases teóricas de la tradición marxista para replantear el problema de la dominación, sino destacar los avances producidos en la construcción de un nuevo marco que posibilita un replanteo del problema y una redefinición del concepto. Como observa T. Kuhn, los significados, los problemas, las soluciones y las anomalías dentro de dos marcos teóricos (paradigmas) diferentes son inconmensurables y ello nos prohíbe tratar de establecer continuidades o progresos entre ellos.

Como no se trata de una investigación empírica ni de una investigación histórica, los métodos adecuados dentro de esos marcos no resultan pertinentes para responder a los problemas planteamos aquí. Se trata de una investigación teórico-conceptual y creemos que el método desarrollado por la hermenéutica filosófica (complementado con elementos del modelo dialéctico, que tanto Ricoeur como Gadamer tienden muchas veces a unificar o identificar con la hermenéutica¹⁷) es el que mejor permite reconocer y registrar la complejización creciente de la realidad y del significado del concepto. Según se verá en el mismo desarrollo, cada etapa nueva supera e incluye a las anteriores.

El antropólogo Clifford Geertz desarrolló un “método” hermenéutico, al que denominó “descripción densa”, como parte de una teoría interpretativa de la cultura. Nos valdremos de sus indicaciones para marcar el camino de la investigación. Geertz sostiene, siguiendo a Max Weber, que “*el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido*”, que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino *una ciencia interpretativa en busca de significaciones*”¹⁸. No hay conocimiento “objetivo” de las leyes, puesto que las objetivaciones significativas quedan siempre sujetas a nuevas transformaciones. Además, el trabajo del conocimiento es también una actividad que transforma las tramas de significación que intenta comprender y, por lo tanto, nunca puede ser neutra u objetiva, ni alcanzar la certeza de las leyes. Por eso dice Geertz que “el análisis cultural es intrínsecamente incompleto”¹⁹. Desde el comienzo, queda explícito el círculo hermenéutico: el hombre esté inserto en sus propias objetivaciones significativas. La misma “actividad de la etnografía [de la ciencia de la cultura] consiste en establecer relaciones, seleccionar a los informantes, transcribir textos, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario, etc.”²⁰. El científico-intérprete está inmerso en la misma trama que trata de comprender e interviene en ella: “establece”, “selecciona”, “lleva”, “transcribe”, “traza”..., en procura de una “descripción densa”, es decir, de “una jerarquía estratificada de estructuras significativas”²¹, que el análisis busca desentrañar determinando el campo social y sus límites.

El “objeto” de la descripción densa es una *multiplicidad compleja* de significados articulados, enlazados, superpuestos, mezclados, “estructuras que son al mismo tiempo

¹⁶ Cf. Rorty, R., *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 63-76.

¹⁷ “Por dialéctica entiendo –aclara Ricoeur– la consideración según la cual explicar y comprender no constituirían los polos de una relación de exclusión, sino *los momentos relativos de un proceso complejo* que se puede llamar interpretación” (Ricoeur, P., *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, México, F. C. E., 2000, p. 150. Énfasis nuestro). Cf. Vattimo, G., *Razón hermenéutica y razón dialéctica*, en *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, Barcelona, Ediciones Península, 1986, pp. 15-39.

¹⁸ Geertz, C.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Editorial Gedisa, sexta reimpresión, 1995, p. 20.

¹⁹ Geertz, C.: 1995, p. 39.

²⁰ Geertz, C.: 1995, p. 21.

²¹ Geertz, C.: 1995, p. 22.

extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después (...) Hacer etnografía [ciencia de la cultura] es como tratar de leer (en el sentido de “interpretar un texto”) un manuscrito extranjero, borroso, plagado de elipsis, de incoherencias, de sospechosas enmiendas y de comentarios tendenciosos y además escrito, no en las grafías convencionales de representación sonora, sino en ejemplos volátiles de conducta modelada”²². Geertz advierte que al considerar las prácticas humanas como acciones simbólicas deja de tener sentido la distinción sujeto-objeto, “estructuras de la mente”-“conductas estructuradas”. No se trata de convertirse en “objeto”, asimilarse a los otros para conocerlos, sino de procurar “conversar con ellos”. El objetivo de la metodología hermenéutica es *hacer posible la conversación, incluso en la propia lengua*.

Si consideramos que toda experiencia de conocimiento es una comunicación y que toda comunicación está inmersa en una trama de significados, se hace evidente que toda relación de conocimiento es una *traducción* y exige una *interpretación*. “Considerada la cuestión de esta manera, la finalidad de la [ciencia] consiste en ampliar el universo del discurso humano”²³. La línea que separa la cultura como hecho natural de la cultura como entidad teórica tiende a borrarse porque el análisis penetra en el cuerpo mismo del objeto. “Comenzamos con nuestras propias *interpretaciones* de lo que nuestros informantes son o piensan que son y luego las sistematizamos”²⁴. En resumen, la ciencia no deja de ser interpretación y, además, *interpretación de interpretaciones*. La ciencia pertenece, por lo tanto, al género de la *ficción*²⁵, lo cual implica que no puedan establecerse nítidamente los límites entre los supuestos “hechos objetivos” y los “hechos contruidos” por la *praxis* interpretativa. En consecuencia, la “validez” de las interpretaciones se mide por la capacidad del científico para ponernos en contacto y relacionarnos (para “conversar”) con las formas de vida de gentes extrañas a nosotros (considerando que toda forma de vida, incluso la propia, es en alguna medida extraña a nosotros).

Escrutando las acciones de los agentes sociales se tiene acceso *empírico* a los sistemas simbólicos. Un discurso social está compuesto por palabras, dichos y expresiones en múltiples lenguas, pero también por acciones y hechos “inconscientes”. La comprensión debe tratar de captar con rigor el flujo de las acciones sociales en el que las formas culturales se articulan. Como su propósito es desentrañar el significado del discurso social, el criterio último de validez no puede ser la coherencia de la interpretación. Contra el estructuralismo, Geertz sostiene que no hay “determinación” ni “necesidad” en los discursos sociales: “Lo mismo que en todo discurso, el código no *determina* la conducta y lo que realmente se dijo no era *necesario* haberlo dicho”²⁶. La tarea científica de interpretación consiste en “inscribir” los discursos sociales, ponerlos por escrito, fijarlos, redactarlos, “en una forma susceptible de ser examinada”²⁷. Al “inscribir” los discursos sociales, el científico los separa del momento, de la singularidad espacio-temporal en que dan, y los fija en su significación. “El análisis cultural es (o debería ser) *conjeturar* significaciones, *estimar* las conjeturas y *llegar a conclusiones explicativas* partiendo de las mejores conjeturas, y no el descubrimiento del continente de la significación y el *mapeado* de su paisaje incorpóreo”²⁸. La “inscripción” debe formular la estructura conceptual de la interpretación, haciéndola “susceptible de sujetarse a los cánones explícitos de

²² Geertz, C.: 1995, p. 24. Corchetes nuestros.

²³ Geertz, C.: 1995, p. 27.

²⁴ Geertz, C.: 1995, p. 28.

²⁵ En el sentido del término latino *factio*, que significa algo “hecho”, algo “compuesto”, algo “formado”. Cf. Geertz, C.: 1995, p. 28.

²⁶ Geertz, C.: 1995, p. 30. *Cursivas* nuestras.

²⁷ Geertz, C.: 1995, p. 31.

²⁸ Geertz, C.: 1995, p. 32. *Cursivas* del autor.

validación”²⁹ como los de cualquier ciencia natural.

De acuerdo con Geertz, el método interpretativo tiene cuatro rasgos característicos: (1) es interpretativo, (2) lo que interpreta es el flujo del discurso social, (3) la interpretación consiste en tratar de rescatar “lo dicho” (el significado) en ese discurso de sus ocasiones perezosas y fijarlo en términos susceptibles de consulta, (4) es microscópica. La meta de las investigaciones culturales es el análisis del discurso social y el género natural para presentar sus resultados es el *ensayo*. Así, “la función de la teoría es suministrar un vocabulario en el cual pueda expresarse lo que la acción simbólica tiene que decir sobre sí misma, es decir, sobre el papel de la cultura en la vida humana”³⁰.

Inicialmente, tomaremos como guía las pautas que Geertz propuso para la etnografía pero que pueden ser extendidas a todas las investigaciones culturales. Durante el desarrollo de la historia de la filosofía a partir de la modernidad, las distintas escuelas y los diversos autores se han ocupado del problema del dominio, de sus rasgos esenciales y de las diferencias con otras formas de relación social y política. En el curso de esa historia y hasta nuestros días, los diversos autores han realizado conceptualizaciones diferentes, en las que los rasgos distintivos del dominio se fueron redefiniendo, sufrieron desplazamientos, supresiones e innovaciones, y terminaron por hacer del concepto un término equívoco e incluso contradictorio³¹. Con la constitución de la sociología, la ciencia política o la lingüística como ciencias autónomas se han multiplicado los marcos teóricos que tendieron a una especialización que hizo todavía más difíciles o imposibles los diálogos. En este contexto, una recuperación de los deslizamientos en el significado de este concepto aporta luz a los debates contemporáneos, colabora con una mayor precisión en las definiciones y señala los rasgos que necesariamente habrán de permanecer abiertos al “juego de las interpretaciones”.

¿Cuáles son las etapas del proceso de investigación? La pregunta que guía la investigación es, pues, ¿qué se entiende por *dominación* hoy? ¿es éste un problema *propio* de la filosofía política? ¿puede darse una respuesta a estas preguntas que logre superar los resultados negativos o insatisfactorios que se derivan de los trabajos de Marcuse, Foucault y Deleuze?³²

Para dar respuestas a estas preguntas se propone un plan de investigación que habrá de desarrollarse en tres momentos progresivos. En un primer momento se presentará el marco teórico construido por J. Rancière para responder a estos problemas, señalando los avances que logra y también los límites de sus categorías. En un segundo momento se ampliará este marco con los aportes realizados por E. Laclau y Ch. Mouffe, que van a permitir redefinir el concepto de dominación desde una perspectiva que haga posible la resolución de las aporías resultantes de los encuadres de Marcuse, Foucault y Deleuze. En un tercer momento, se pondrán a prueba estos resultados confrontándolos con interpretaciones críticas (tomando como orientación principal las objeciones del filósofo y psicoanalista esloveno S. Žižek), para concluir con una evaluación de los resultados y una delimitación de las tareas inmediatas para la investigación posibilitadas por estos nuevos aportes. Se abordará el problema desde los marcos teóricos aportados por estos autores ya

²⁹ Geertz, C.: 1995, p. 35.

³⁰ Geertz, C.: 1995, p. 38.

³¹ Hegel hace una observación análoga respecto del concepto de libertad en su tiempo: “Pero nunca se ha sabido ni experimentado mejor que en la época actual hasta qué punto esta libertad, tal como ha sido formulada, es indeterminada todavía, hasta qué punto es una palabra infinitamente ambigua, y, siendo lo más alto, trae consigo infinitos equívocos, confusiones y errores y comprende todos los desórdenes posibles” (Hegel, G. W. F., *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1974, p. 68).

³² Cf. infra Capítulo 1 y Etchegaray, R., *Dominación y política*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2000, pp. 292 ss.

que son los únicos que no se desentienden de las anomalías y de las aporías surgidas dentro de la tradición del marxismo y al mismo tiempo no temen abandonar algunos supuestos de esta tradición o complementarlos con los aportes de otras disciplinas teóricas.

Para desarrollar estos tres momentos se estructurará el texto de la siguiente manera:

El capítulo 1 hará una presentación que resuma los contenidos centrales y los resultados de la investigación anterior que han conducido a la reformulación actual del problema. Por un lado, se mostrarán los significados contenidos en el concepto de dominación aportados por las diversas perspectivas teóricas de la modernidad. Por otro lado, se resumirán los resultados insatisfactorios de la investigación anterior que llevan a la reformulación del problema. Es importante señalar ambas cosas, lo primero porque esos significados determinan el uso que hizo del concepto y los problemas inherentes, lo segundo porque pone las bases para la reformulación del problema que se quiere abordar en esta investigación.

El capítulo 2 introduce un marco teórico nuevo construido por J. Rancière con la esperanza de responder a las nuevas preguntas planteadas y de superar las limitaciones señaladas en las respuestas reseñadas en el capítulo 1. Para ello se redefinirá el objeto de la política, se mostrará que un sistema de dominación no implica necesariamente la política, se desarrollará el significado de la política como “desacuerdo”, se introducirán los conceptos de contingencia y universalidad como rasgos esenciales de la *praxis* política, se mostrará que la violencia, el antagonismo y el conflicto son constitutivos tanto del orden social como de la *praxis* política que lo distorsiona, se recuperará el concepto de sujeto de la política (subjetivación) como una herramienta imprescindible para la comprensión del problema y se mostrará porqué la filosofía política clásica ha escamoteado la cuestión política esencial y ha conducido a una negación o un olvido del problema central. Por último, se señalarán las falencias y los resultados insatisfactorios del marco construido desde esta perspectiva.

El capítulo 3 se propone resolver estas deficiencias complementando el marco construido en el capítulo anterior con algunas categorías creadas por E. Laclau y Ch. Mouffe a tal fin, como es el concepto de discurso. Dado que la comprensión de este concepto en la literatura política y filosófica ha dado lugar a innumerables malos entendidos, se ha considerado necesario aclarar su significado todo lo que sea posible. Este es un objetivo central del capítulo 3, donde no solamente se definirá este concepto, sino que también se establecerán sus relaciones y diferencias con los conceptos de dislocación, sujeto, articulación, hegemonía, fundamento, universalidad y antagonismo. En este capítulo se avanzará significativamente sobre los resultados del capítulo previo en tanto se aportarán nuevos conceptos que, por un lado, logran una mayor precisión y claridad y, por otro lado, permiten complementar la concepción de la política como *desacuerdo* con una teoría de la política como *hegemonía*. Finalmente, este capítulo proveerá de las bases teóricas y conceptuales necesarias para, en el capítulo siguiente, redefinir el concepto de dominación.

El capítulo 4 partirá de una caracterización de las relaciones sociales para mostrar en qué medida permiten avanzar más allá de los resultados plausibles del marco teórico de Foucault y Deleuze. A continuación se redefinirá el problema de la dominación en el contexto de la *revolución democrática*, alcanzando el objetivo que se había propuesto: responder a las preguntas por el significado de la dominación en la actualidad, superar las aporías y las deficiencias de las teorías anteriores y establecer la pertinencia y utilidad del concepto para la filosofía política.

El capítulo 5 persigue dos objetivos: 1) desarrollar la discusión crítica de las tesis centrales del marco teórico desarrollado en los capítulos anteriores; 2) explicitar los problemas no resueltos, indicando un camino para las investigaciones futuras.

Finalmente, el capítulo 6 hará una evaluación de los resultados obtenidos y efectuará un cierre provisorio al proceso de investigación. Como conclusión se establecerá una nueva definición de la dominación y se espera probar que este problema sólo puede plantearse y resolverse desde un marco que no solamente explique los mecanismos de los sistemas de poder contemporáneos sino también que aporte los elementos para desarrollar una teoría de la política como hegemonía.

Habiendo delimitado el tema de investigación, la tradición teórica que nos servirá de marco, los problemas planteados desde este marco, las tesis principales con las que esperamos dar respuesta al problema, el método que hemos de seguir y el plan de trabajo proyectado, resta explicitar los resultados que esperamos obtener y evaluar tentativamente la relevancia del trabajo. Esperamos que la construcción de una teoría del discurso, que no esté atada a ciertos supuestos comunes al racionalismo ilustrado, el marxismo y el estructuralismo althusseriano, permita poner las bases para una definición de la dominación, que pueda superar tanto los equívocos y las confusiones presentes en los debates contemporáneos como las aporías y las anomalías surgidas de la Teoría Crítica marcusiana y de la teoría del poder foucaultiana-deleuziana.

Estos resultados serían sumamente valiosos ya que, no solamente permitirían evitar malgastar el tiempo en discusiones inconducentes y en “diálogos de sordos”, sino también resolver algunos problemas centrales para la filosofía política como, por ejemplo, cuál es la función de la política o cuál es la lógica que guía las transformaciones sociales. Una teoría del discurso o una nueva teoría de la dominación constituirían también un marco conceptual sólido para el diseño de investigaciones sociales empíricas o particulares, que estuvieran en condiciones de comprender la irrupción de nuevos sujetos políticos y sociales, sin reducirlos a meras posiciones estructurales o a diferencias dentro del sistema de dominación. Finalmente, una teoría del discurso haría posible reconducir a la filosofía (política) a su esencia dialógica, porque mostraría la pertinencia y la utilidad del trabajo multidisciplinario, al incorporar los aportes conceptuales y teóricos de tradiciones que han permanecido en gran medida ajenas a la tradición marxista como el psicoanálisis, la lingüística estructural o los estudios culturales. También se conseguiría por este camino mejorar la imagen de la filosofía como disciplina que se ocupa de los problemas concretos, actuales y vigentes, sin resignar rigor y capacidad de abstracción.

UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

CAPÍTULO 1

LOS DESLIZAMIENTOS EN EL SIGNIFICADO DEL CONCEPTO DE DOMINACIÓN EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA MODERNA

En este capítulo se realizará una reseña de los resultados obtenidos en una investigación¹ anterior sobre la evolución del significado del concepto de dominación. Este desarrollo tiene como objeto hacer explícitos los antecedentes teóricos y filosóficos que posibilitan el planteamiento actual del problema, al que se responderá en el presente trabajo. En aquella investigación se han rastreado los significados del concepto de dominación en la filosofía política moderna desde sus comienzos hasta la segunda parte del siglo XX. La comprensión de los diversos significados contenidos en el concepto resulta necesaria para que sea posible plantear el problema en el contexto del presente, ya que estos significados han contribuido no solamente a la polisemia y a la confusión sino también al enriquecimiento y a la complejidad del problema. Los deslizamientos en los significados mostrarán, hacia el final del capítulo, los términos de la polémica en las décadas recientes que dan lugar al planteo del problema que se investiga. El contenido de este capítulo mostrará asimismo el “estado del arte”, señalando las anomalías, las deficiencias y las cuestiones que aún no se han resuelto.

1. Los primeros planteos

La primera conceptualización del problema de la dominación fue realizada por E. de La Boétie en el siglo XVI. Este autor define por primera vez en la modernidad el significado de la dominación al denunciar, en un breve discurso que circuló anónimamente en forma manuscrita, *el escándalo de la servidumbre voluntaria*. De este trabajo se derivan tres conclusiones importantes: En primer lugar, se sostiene que la cuestión de la dominación, entendida como servidumbre voluntaria, es el problema central de la filosofía política², y se señala su primacía respecto de otros temas tradicionales como el fundamento de la comunidad, las formas de gobierno o la administración de los recursos.

En segundo lugar, *la servidumbre voluntaria* es caracterizada en contraste con los conceptos de libertad e igualdad de los seres humanos. Esta caracterización no es casual ya que dicho contraste posibilita la *perspectiva crítica* que atraviesa toda la obra. Es evidente, entonces, que *el planteo del problema del dominio se vincula desde el comienzo con una actitud crítica tanto epistemológica como ética y política*.

En tercer lugar, las condiciones histórico-culturales y teórico-conceptuales para el planteo del problema sólo se dieron a partir del comienzo de la época moderna. En el desarrollo de la investigación citada³ se ha mostrado que el concepto de dominación sólo pudo volverse *interesante* para la filosofía política y, en consecuencia, ser comprendido y definido, a partir de la modernidad iniciada en el Renacimiento, ya que sólo entonces se

¹ Para un desarrollo de los temas y una justificación de las tesis contenidas en este capítulo cf. Etchegaray, R.: *El significado actual del concepto de dominación*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, UNLaM, Mimeo, 1999; Etchegaray, R.: *Dominación y política*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2000.

² “That is why the fundamental problem of political philosophy is still precisely the one that Spinoza saw so clearly, and that Wilhelm Reich rediscovered: ‘Why do men fight for their servitude as stubbornly as though it were their salvation?’ [...] Why did the masses desire fascism?” [Es por eso que el problema fundamental de la filosofía política sigue siendo el que Spinoza vio tan claramente (y que Wilhelm Reich ha redescubierto): ‘¿Por qué los hombres combaten por su servidumbre como si se tratara de su salvación?’ [...] ¿Por qué las masas desearon el fascismo?’] (Deleuze, G.- Guattari, F., *Anti-Edipus*, Menneapolis, University of Minnesota Press, 1983, pp. 29 y 345).

³ Etchegaray, R.: 1999.

convierte en un instrumento *crítico* capaz de tomar distancia de las relaciones “naturales” y de servir de herramienta (o de arma) en las luchas por la libertad. La antigüedad greco-romana y el medioevo cristiano ignoraron el problema al suponer que el orden de la naturaleza o las jerarquías de la creación daban un fundamento a las desigualdades entre los seres humanos. Si bien es cierto que los griegos y los romanos pensaron y ejercieron formas de libertad política y que los cristianos forjaron el concepto de “libre albedrío”, ni unos ni otros lograron alcanzar la noción de libertad como *autonomía individual*, como independencia del orden del ser o de la creación. En consecuencia, el problema de la dominación sólo puede ser planteado y resuelto en un contexto estrictamente *moderno*⁴.

Maquiavelo, Moro y Hobbes son considerados los “fundadores” de la filosofía política moderna, razón por la cual el problema del dominio no podía serles desconocido⁵. Los aportes de estos tres autores en relación con el problema de la dominación pueden resumirse en las cuatro características siguientes:

(1) Estos primeros filósofos políticos modernos producen un efecto *desnaturalizador* que es una condición de posibilidad del problema de la dominación. Maquiavelo invierte la relación de subordinación entre lo moral y lo político, provocando un efecto de *desnaturalización* de ambas. Por su parte, Tomás Moro logra *desnaturalizar* el orden político-jurídico al interpretar sus relaciones desde la utopía y al subordinar lo político-gubernamental a lo social (bien común y felicidad del pueblo). Por último, Hobbes *desnaturaliza* el mismo lazo social al postular que el hombre no es un ser social por naturaleza y que la guerra y el conflicto están en el origen de todo orden político y social. El desarrollo de la investigación ha puesto de manifiesto que a estos tres autores subyace un mismo movimiento de *desnaturalización* por el cual las relaciones de dominación (entendidas como la subordinación *natural* de unos hombres a otros) quedan infundadas, injustificadas y deslegitimadas.

(2) Para los tres este problema se desarrolla *vinculado al problema de la libertad* y ésta se deriva de la determinación de la naturaleza humana, que para ellos es una esencia a-histórica. Estos primeros pensadores modernos se preguntan por las condiciones fácticas de supervivencia, de la más elemental conservación de la vida, y no se interesan, como los antiguos, por la vida buena y excelente.

(3) De esta manera, *separan el orden del dominio del contexto ético*. Su preocupación central es la amenaza natural: la muerte violenta a manos de otros hombres (Maquiavelo y Hobbes) o la muerte por hambre y miseria (Moro). Piensan que los hombres sólo pueden liberarse por medio de una organización correcta de la sociedad. Ya

⁴ Charles Taylor ha señalado tres rasgos que caracterizan a la concepción de la libertad en la modernidad a diferencia de la antigüedad: 1) para los modernos todos los hombres son libres, mientras que para los antiguos no todos los son (esclavos, bárbaros, mujeres, niños); 2) para los modernos la libertad es una característica de la naturaleza del hombre, mientras que para los antiguos era el rasgo de algunas formas de vida política; 3) para los modernos, la libertad es propia del ser humano (metafísica) mientras que para los antiguos era un ejercicio. Estos rasgos explican porqué el problema de la dominación (como opuesta a la libertad en su significado moderno) sólo pudo plantearse en la época moderna. Cf. Taylor, C., *La teoría kantiana de la libertad*, en *Cuadernos de Investigación de la Sociedad Filosófica Buenos Aires*, N° 3, traducción de Andrea Pac, Buenos Aires, Agosto de 1997 (publicado originalmente en: Taylor, C., *Philosophical papers 2: Philosophy and the Human Sciences*, Cambridge University Press, New York-Melbourne, 1985).

⁵ La crítica (o, si se prefiere, la deconstrucción) de la hegemonía del pensamiento iluminista en las décadas recientes, condujo a una revaloración y a una renovada vigencia de los “fundadores” de la filosofía política moderna. Así como Nietzsche, Heidegger y Gadamer advierten que nuestra época tiene orígenes ontológicos y gnoseológicos que se remontaban hasta Sócrates y Platón, dando un nuevo impulso a los estudios de los filósofos presocráticos; así también muchas investigaciones contemporáneas sugieren la necesidad de reinterpretar a los fundadores de la filosofía social y política *moderna*. Cf. Alexander, J., *La centralidad de los clásicos*, en Giddens, A. et alia, *La teoría social, hoy*, México, Alianza Editorial, 1990, pp. 22-80.

no se ocupan “de preguntas prácticas, sino de preguntas técnicas”⁶. A partir de ellos se hace necesario advertir que los términos *res publicae* y *societas civiles*, que eran sinónimos en el derecho natural clásico, tanto como los términos *dominium* y *societas*, que estaban unidos en la filosofía social de santo Tomás de Aquino, se separan. La distinción y separación de la esfera propia del Estado de la de la sociedad hará posible el discernimiento de dos modalidades del poder (y dos orientaciones⁷ del problema de la dominación): la coerción y la ideología, la fuerza y el engaño⁸.

(4) Los “fundadores” contextualizan el problema de la dominación *en el ámbito político-jurídico*. Si bien Moro vislumbra una esfera de dominación vinculada a las relaciones económicas y de propiedad, la respuesta que da estas cuestiones se fundamentan en la justicia derivada del derecho constitucional y de la prudencia de los legisladores. Por su parte, Maquiavelo y Hobbes resaltan la importancia de la autoridad y del liderazgo político como una instancia previa y constitutiva del mismo orden jurídico. La dominación se establece como una superación del desorden natural o social originario.

2. La evolución del significado del concepto de dominación

Como los autores nombrados en el apartado anterior, Locke concibe la dominación en relación con la libertad natural y el derecho. Sin embargo, se diferencia de ellos en tanto no acepta subordinar la libertad al Estado, ya sea que se lo identifique o no con el bien común. Su aporte central a la comprensión del dominio consiste en el discernimiento y la separación de la esfera pública del poder y de la esfera privada de la libertad, en la distinción entre la libertad política y las libertades individuales. Así, *introduce un deslizamiento*, aunque incipiente, del problema de la dominación desde el ámbito del Estado y del derecho hacia el ámbito de la sociedad. Al señalar que una de las causas que da origen a la sociedad civil es la defensa de la propiedad y justificar la propiedad privada en el trabajo, Locke da los primeros pasos para fundamentar la separación del Estado y de la sociedad y hace posible extender la comprensión del concepto de dominación a las relaciones sociales, privadas e individuales.

Si a Locke se le debe la distinción del dominio político (público) del ámbito social e individual (privado), a Montesquieu se le adeuda la ruptura de la analogía entre los dos planos. Este último autor muestra que, contrariamente a lo que temía Moro, el egoísmo y el afán de lucro de los individuos privados produce una nación más satisfecha y feliz, es decir, colabora al bien público. Montesquieu entiende la dominación en el mismo sentido establecido por Locke, profundizando los mecanismos que permitirían a los ciudadanos individuales una mayor seguridad frente a los poderes del Estado. En este sentido, el aporte sustantivo de la obra de Montesquieu consiste en el establecimiento de la división de los poderes del Estado.

Tanto Hume como Rousseau⁹ destacan aspectos de la dominación en el ámbito “moral”. Para el ginebrino, la dominación se identifica con la opresión, es decir, con la servidumbre, la esclavitud y la “desigualdad moral”¹⁰. La dominación se define por oposición a la libertad, pero esta última es entendida como *autodeterminación*, como el derecho que todo ser humano tiene por naturaleza de obedecerse sólo a sí mismo, a su

⁶ Habermas, J., *Teoría y Praxis*, Madrid, Editorial Tecnos, 1987, pp. 58-9.

⁷ Cf. Melossi, D., *El estado del control social*, México, Editorial Siglo XXI, 1992, p. 23.

⁸ Sería interesante corroborar esta hipótesis en investigaciones específicas que rastreen esta dicotomía (Estado e Iglesia; Estado y sociedad civil; política y economía; lógica de la libertad y lógica de la igualdad; gobierno y disciplinas) en la historia de la filosofía política y social moderna.

⁹ Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 103-111.

¹⁰ Rousseau, J. J., *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, pp. 198-200.

propia conciencia interior. La dominación supone siempre un debilitamiento de la libertad natural en todo hombre y una dependencia de lo exterior y heterónomo.

Adam Smith¹¹ complementa la obra moral de Hume y le da un nuevo impulso al autonomizar la economía política de la moral, del derecho y de la política tradicionales. La dominación comienza a ser entendida como una *injerencia externa en la esfera autónoma de la sociedad*. Según su perspectiva, las relaciones sociales entre los hombres están regidas por leyes descubiertas por la nueva ciencia de la economía política. Son leyes objetivas (a tal punto que Smith cree que son obra de la Providencia Divina) que no admiten la intromisión del arbitrio exterior de la voluntad individual o gubernamental. Precisamente, la dominación consiste en el intento (necesariamente fallido) de sujetar las relaciones sociales a la voluntad de los hombres o al poder de los Estados.

En las últimas décadas del siglo XVIII, el pensamiento de Kant¹² da un giro decisivo hacia la filosofía práctica, hacia la moralidad, poniendo el acento en el concepto clave de la libertad. Como Hume, Smith y Rousseau, Kant se preocupa por la dominación en el ámbito de la moralidad, pero rompe con las concepciones morales anteriores al establecer un corte entre el ámbito natural sujeto a las leyes mecánicas y el ámbito moral constituido por la libertad. Dicha ruptura apunta, superando los intentos previos, al *establecimiento de los derechos universales del hombre*, sobre una base no parcial ni reducida a los supuestos de una cultura, de una tradición o de una religión.

La forma de dominio contra la que lucha la filosofía práctica kantiana es la sujeción de las acciones humanas a los impulsos de la naturaleza (deseos, pasiones, instintos) o su subordinación a la búsqueda de la utilidad (necesidades, autoconservación, mercado). La importancia de la doctrina kantiana para el problema del dominio radica en que afirma la voluntad racional subjetiva como un fundamento independiente y autónomo a partir del cual es posible cuestionar y criticar cualquier acción o cualquier forma de vida, por más avalada que esté por la tradición, la costumbre, los valores aceptados o las condiciones naturales. La voluntad libre no está sujeta a nada ni a nadie ajeno o exterior a sí misma.

¿En qué medida la ilustración significa un avance en la conceptualización de la dominación? Los ilustrados *piensan la libertad y la dominación en términos de derecho y dentro del ámbito de lo político-moral*. Ya no están tan preocupados por las condiciones y los fundamentos de la vida comunitaria, una vez que se ha disuelto o debilitado el fundamento antiguo, sino por las condiciones sociales compatibles con el máximo desarrollo de la libertad individual. Los filósofos del “siglo de las luces” señalan a *la esfera del Estado como la fuente principal de la dominación* y se esfuerzan por fundamentar un *ámbito propio de la subjetividad* libre de las injerencias del poder coercitivo y represivo del absolutismo.

La filosofía de la Ilustración produjo un avance sustantivo en la conceptualización del problema de la dominación. No obstante, Hegel¹³ fue el primero en plantear el problema de la modernidad *como la cuestión filosófica fundamental*¹⁴. Ello no se debió a alguna deficiencia de los pensadores anteriores, sino a que la realidad del nuevo mundo¹⁵ sólo llegó a desarrollarse suficientemente hacia fines del siglo XVIII. La realidad nueva es la de la sociedad moderna, signada por *el cuestionamiento de todo fundamento trascendente* o exterior del orden social (del Espíritu o del Estado). En este contexto

¹¹ Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 101-102.

¹² Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 111-117.

¹³ Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 129-169.

¹⁴ Cf. Habermas, J., *El discurso filosófico de la modernidad*, Buenos Aires, Aguilar, Altos, Taurus, Alfaguara, S.A. de ediciones, 1989, pp. 37-61.

¹⁵ Cf. Albizu, E., *Schelling y Hegel. La experiencia de la libertad y el ascenso del tiempo como claves de un nuevo filosofar*, en: Albizu, E., *Hegel, filósofo del presente*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 25-91.

histórico, el problema del dominio da un giro substancial y Hegel lo conceptualiza en el desarrollo de su obra, mostrando sus movimientos en diversos ámbitos como la cultura, la historia, la sociedad y el Estado.

Desde la Reforma religiosa y la formación de la concepción moderna de la Razón se fueron sentando las bases para una concepción de la dominación radicalmente nueva: la que se ejerce sobre la individualidad. Dicha dominación supone la formación de un individuo autónomo, la que resulta imposible sin la paralela y progresiva declinación de los órdenes naturales y sobrenaturales¹⁶ que contenían y cimentaban a los seres humanos en las épocas antiguas. Hegel, como todos sus antecesores modernos, piensa que las personas tienen derecho a la autonomía y a la libertad, pero advierte que tales logros sólo pueden realizarse efectivamente dentro de una comunidad, en la *reconciliación* de las particularidades y la totalidad. En el ámbito del Estado y de la sociedad, la dominación se manifiesta como terror y exclusión. Precisamente, no haber tomado conciencia de la complejidad creciente de la historia y su más alta expresión en el mundo cultural y en el Estado, es la causa de la forma de dominio más terrorífica inventada jamás: el pensamiento abstracto, formal, unilateral y utilitarista forjado para el control de la naturaleza pero inadecuado y nocivo para la comprensión de la historia y la cultura.

La novedad que la modernidad ha instaurado consiste en el derecho formal que garantiza las libertades individuales y en la moral revolucionaria que establece la inalienabilidad de la libertad. No obstante, Hegel observa que tales logros sólo pueden realizarse efectivamente en el Espíritu, es decir, en la *eticidad* y el Estado. En caso contrario, aquella novedad deviene en el más funesto de los inventos: el feroz exterminio de toda autonomía, que es el rasgo que caracteriza a la injerencia de la libertad abstracta de la sociedad en el Estado¹⁷.

Hasta ese momento la dominación se situaba fundamentalmente en el ámbito jurídico y político, a partir de Hegel se produce *una ruptura y un deslizamiento creciente hacia lo social*. Ya se habían percibido algunos antecedentes de este deslizamiento en los pensadores de la Ilustración (sobre todo en los británicos), pero Hegel es el primero en hacer conciente este problema y elevarlo al nivel de la “ciencia filosófica”.

Con John Stuart Mill¹⁸, el concepto de dominación vuelve a circunscribirse al ámbito moral, siguiendo la tradición británica iniciada por Locke. La novedad del aporte de este autor al desarrollo de nuestro tema consiste en que se sitúa desde el comienzo en el contexto de la democracia. No apunta, sin embargo, a defender a la democracia contra el despotismo de los gobiernos o contra la tiranía de los magistrados, sino contra la opresión de las opiniones dominantes. No se dirige contra el poder soberano ni contra las leyes

¹⁶ “La libertad moderna –escribe Charles Taylor– se logró cuando conseguimos escapar de horizontes morales del pasado. La gente solía considerarse como parte de un orden mayor. En algunos casos, se trataba de un orden cósmico, una “gran cadena del Ser”, en la que los seres humanos ocupaban el lugar que les correspondía junto a los ángeles, los cuerpos celestes y las criaturas que son nuestros congéneres en la Tierra. Este orden jerárquico se reflejaba en las jerarquías de la sociedad humana. La gente se encontraba a menudo confinada en un lugar, un papel y un puesto determinados que eran estrictamente los suyos y de los que era casi impensable apartarse. La libertad moderna sobrevino gracias al descrédito de dichos órdenes” (Taylor, C., *La ética de la autenticidad*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 38).

¹⁷ Si Hegel ha podido ser llamado “el filósofo del Estado moderno” (Cf. Weil, E., *Hegel y el Estado*, Córdoba, Argentina, Ediciones Nagelkop, 1970) al mismo tiempo que “el filósofo de la revolución” es porque ha conjugado la mayor unidad con la mayor fractura. Es necesario haber experimentado “la seriedad, el dolor, la paciencia y el trabajo de lo negativo” (Hegel, G. W. F., *Fenomenología del Espíritu*, traducción de W. Roces, F. C. E., México, 1966, p. 16) para anhelar tan profundamente la *reconciliación*. Desde la perspectiva hegeliana toda fragmentación, división, abstracción, separación o ruptura es una forma de *dominación*, pero toda dominación es esencialmente histórica como lo es también la reunificación, la reconciliación y la conciencia de la libertad.

¹⁸ Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 173-178.

establecidas, sino contra el control social ejercido por el dominio de la moral pública. Alexis de Tocqueville¹⁹ coincide con él en su evaluación de la nivelación que resulta de las tendencias de la época, pero su preocupación no se limita al plano moral ni a los derechos de los individuos. Desea comprender el impulso de la “revolución democrática”²⁰ que orienta las transformaciones de las sociedades en los últimos siete siglos. Esta tendencia a “la nivelación universal” es un hecho objetivo, manifiesto en la historia, que —en su opinión— conducirá fatalmente a una profunda transformación en las relaciones políticas.

Con Tocqueville el concepto de dominación adquiere una nueva significación, en la que no se define por oposición a la libertad sino por oposición a la igualdad. La revolución democrática, signada por la tendencia a la igualación, resignifica la totalidad de las relaciones sociales y políticas. Puesto que “no se puede concebir que haya hombres eternamente desiguales en un solo punto e iguales en todos los otros”²¹, la igualación de las condiciones conduce inevitablemente a que las relaciones de desigualdad comiencen a considerarse ilegítimas, injustas y opresivas. Cuando ocurre tal cosa, devienen relaciones de dominación. En síntesis, para este autor, la dominación se define como ciertas relaciones entre términos desiguales que comienzan a ser juzgadas como ilegítimas a consecuencia de la igualación de las condiciones producida por la revolución democrática.

La cara positiva de dicha revolución oculta una contracara negativa: la dominación, el *despotismo blando*, el desarrollo de un poder sin límites ni oposición, la nivelación universal a costa de la libertad. Para evitar los efectos de la dominación, Tocqueville sugiere (en coincidencia con J. S. Mill) fortalecer las libertades individuales y particulares y establecer un límite infranqueable al poder, tanto del Estado como de la sociedad, en los derechos universales del hombre, es decir, en lo que él llama “justicia”.

El avance realizado por Tocqueville en la conceptualización de la dominación no se detiene aquí, sino que advierte con toda claridad que se ha producido *un deslizamiento desde lo exterior hacia lo interior*, desde la violencia sobre los cuerpos al sometimiento de las almas, desde la fuerza material al debilitamiento del pensamiento (inmaterial), *desde el plano de los cuerpos al de los espíritus*. Con ello este autor anuncia los aportes que realizarán pensadores del siglo XX como M. Weber, G. Lukács, H. Marcuse o M. Foucault.

Como Hegel, también Marx²² trata de sostener el difícil equilibrio entre la totalidad y la ruptura, entre el sistema y la historicidad pero, a diferencia del primero, cree que la reconciliación de la realidad y la razón no ha de lograrse solamente en el plano del pensamiento sino antes y más fundamentalmente en y por la *praxis*. El intento de responder a los problemas de la alienación y del fetichismo de la mercancía condujo las investigaciones de Marx desde el ámbito de la filosofía política hacia la estructura productiva de la sociedad. Con ello produjo *un deslizamiento decisivo en la conceptualización del dominio*, cuyas relaciones constitutivas deben buscarse a partir de aquí a nivel de las relaciones sociales productivas y no en el plano jurídico-político. La dominación comienza a comprenderse entonces como *explotación*. A su vez, la producción y las relaciones del trabajo pueden desarrollarse en el mundo moderno a condición de que los individuos libres *quieran* hacerlo (puesto que suponen la libertad y la igualdad de los seres humanos). Tales supuestos exigen una explicación del fenómeno de la *dominación ideológica*, que es complementario de la explotación. Finalmente, las explicaciones anteriores posibilitan una reelaboración de la teoría del Estado y del poder. Dicha reelaboración produce una inversión de la filosofía política previa, al mostrar que el

¹⁹ Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 178-185.

²⁰ Tocqueville, A., *La democracia en América*, Madrid, Sarpe, 1984, tomo I, p. 26.

²¹ Tocqueville, A., 1984, I, p. 69.

²² Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 199-233.

derecho y el Estado son derivados de las verdaderas relaciones sociales a nivel de la estructura de la sociedad.

La obra de Marx produce un giro radical en la conceptualización de la dominación. El carácter "multidisciplinario" que caracteriza su pensamiento le incita a sobrepasar el límite implícito de las investigaciones anteriores y a abandonar la pretensión de reducir el problema a lo jurídico-político. Al mismo tiempo, se propone refutar tanto las opiniones que sostienen que las relaciones de dominación son casuales, arbitrarias o fortuitas, como las que afirman que son leyes o estructuras naturales análogas a los principios de la física newtoniana. Para Marx está claro que los últimos siglos de la historia europea muestran que las relaciones de dependencia personal han devenido formas de dependencia objetivas y sistemáticas²³. Sin embargo, no se trata de una objetividad "natural" sino de una construcción social histórica. Si bien —para Marx— los economistas británicos dieron un paso importante en la comprensión del deslizamiento del problema de la dominación desde el ámbito moral, jurídico y político hacia el ámbito económico del trabajo y de la producción, la parcialidad de su enfoque disciplinario y la pobreza de sus categorías científicas les impidió comprender que se trata de una cuestión histórica y social y no de un problema natural e individual²⁴.

El dominio no puede ser reducido a meras relaciones entre personas o grupos ya que, a partir de la época moderna, las relaciones sociales son mediadas por las relaciones con y entre las mercancías. Los textos de Marx ponen de manifiesto, como ya se dijo, este *deslizamiento producido en el significado del concepto de dominio: toda forma de dominio es una modificación o un efecto de la explotación del hombre por el hombre en la sociedad cimentada en el capital*. La dialéctica de la forma del valor pone en evidencia, que es el trabajo humano extrañado y alienado el que domina sobre la sociedad como si fuese el orden natural de las cosas. Esto hace que se atribuya al mundo objetivo un poder y una legalidad que gobierna y domina las relaciones sociales entre los hombres. La resolución de este problema permite comprender que la estructura del "fetichismo" se expresa en los más diversos estratos de vida social y da la clave para la comprensión del *dominio ideológico y político*.

El conjunto de las relaciones humanas, el mundo de las ideas y de la cultura y la pluralidad de las acciones políticas e históricas se explican como momentos dialécticos desarrollados a partir de una misma fuerza material impulsada por las necesidades. No se deriva de aquí el abandono de las luchas en los ámbitos políticos, jurídicos o ideológicos, sino la conciencia de que todas ellas son fenómenos que remiten a una instancia más profunda y condicionante, cual es la esfera del trabajo y la producción. La tendencia a explicar aquellas fuerzas que ordenan y mantienen unidas a las sociedades a partir de los instintos y las necesidades naturales, que se había insinuado en los moralistas británicos como Hume y Smith, fue radicalizada por Marx a tal punto, que durante más de un siglo *el concepto de dominio se identificó con el de explotación*. Tal identificación suscitó una cantidad de cuestiones teóricas y prácticas, dentro y fuera de la tradición del marxismo, que no pueden ser siquiera enunciados en el marco de esta reseña, la cual se limitará a seguir el curso de los problemas planteados por Lukács y algunos de los miembros de la llamada Escuela de Frankfurt, tomándolos como referentes paradigmáticos de las potencialidades y aporías contenidas en el deslizamiento operado por Marx.

Para Marx, la dominación radica en la *forma* en que los hombres han organizado su

²³ Cf. Marcuse, H., *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*, Madrid, Alianza, 1972.

²⁴ A menudo, Marx se burla de las "robinsonadas" de los economistas burgueses, que reducen la complejidad de los problemas histórico-sociales a las primitivas y abstractas relaciones de un individuo con el entorno natural. Cf. p. ej.: Marx, K., *El capital. Crítica de la economía política*, México, F. C. E., tomo I, 1973, pp. 41-2.

trabajo social en la época moderna. La base material en la que se sostienen todas las formas de dominio social, político e ideológico es una *forma* de *praxis* producida históricamente. En tanto producto de la *praxis* de los agentes sociales e históricos, el sistema capitalista es, al mismo tiempo, necesario y contingente. Es necesario porque resulta de la articulación de fuerzas dadas en un momento particular de la historia. Es contingente porque al ser *históricas* las fuerzas articuladas son también *finitas*, tienen un comienzo, un desarrollo y un fin.

Con Hegel y Marx pudo comprenderse que la dominación es un fenómeno *histórico*. Dicha comprensión condujo a un cuestionamiento de las concepciones científicas que toman el modelo de las ciencias naturales para explicar la sociedad y el Estado, y profundizó el conocimiento de la historicidad de lo humano y de la dominación. Autores como Hegel, Marx, J. S. Mill y Tocqueville no solamente muestran la historicidad de lo humano y de la ciencia, sino que sus filosofías *construyen* el sentido histórico.

Marx se opone al “idealismo”, entendido como un sistema natural ahistórico (mercado), como una totalidad eterna inmanentemente ordenada (filosofía especulativa) o como un ideal abstracto que se ha desvinculado de las condiciones materiales (utopías morales). El idealismo es el sistema de dominación más peligroso porque es convincente y porque legitima el orden existente sobre un orden eterno e intemporal. El idealismo oculta la radical historicidad del ser. Desde esta perspectiva, la sociología de Max Weber es una continuación y un complemento de la filosofía de Marx. También Weber busca poner al descubierto la contingencia en la articulación de las acciones de los agentes sociales y se esfuerza por estudiar y tipificar los modos de legitimación.

Siguiendo esta orientación, Lukács²⁵ busca sintetizar los resultados que se derivan de la filosofía de Marx y de la sociología interpretativa de Weber²⁶. Muestra que la dominación como fetichismo de la mercancía y como racionalidad burocrática se extiende y reproduce en la totalidad de las estructuras sociales. Con ello produce una suerte de *teoría de la alienación generalizada*. El aporte de Lukács a la conceptualización de la dominación consiste en haber dado los pasos para superar el dualismo inherente a los conceptos marxistas de estructura y superestructura, de base económica y superestructura ideológica, jurídico-política. Su desarrollo teórico muestra que es necesario comprender los distintos niveles en una misma totalidad estructural. Sin embargo, la apropiación lukácsiana del concepto de totalidad conduce a nuevas dificultades que se pondrán de manifiesto en los trabajos de la Escuela de Frankfurt y de Michel Foucault.

A partir de Marx los fenómenos de la naturalización y de la cosificación obligan a Weber y a Lukács a replantear el problema del dominio. Con ellos comienza a insinuarse la hipótesis de que las relaciones de dominio atraviesan a *todas las relaciones sociales*, aunque ambos luchan contra el determinismo y el naturalismo, y ambos conciben al *capitalismo como un sistema ambiguo*: por un lado, tiende a una mayor racionalización, burocratización, alienación y cosificación; por el otro, crea condiciones de mayor libertad (democratización) y justicia social (conciencia del proletariado).

3. De las aporías de la dominación total a la reformulación del problema

El desarrollo de los apartados anteriores resume los significados del concepto de dominación desde los comienzos de la modernidad hasta la primera mitad del siglo XX, permitiendo ver *la comprensión creciente* del concepto que resulta de los aportes de cada uno de los autores. A través de este proceso se produjeron *dos deslizamientos* decisivos en el significado del concepto desde el ámbito jurídico-político hacia el ámbito económico-

²⁵ Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 251-277.

²⁶ Cf. Etchegaray, R., 2000, pp. 237-248.